

Guía de lectores

## Permanencia de Oscar Castro

**H**ACE treinta y dos años -y ya muerto el autor- se publicó la primera edición de *La vida simplemente*, novela de Oscar Castro, obra "empapada en la propia vida" del poeta, según nos dice el editor. Ahora llega hasta nosotros nuevamente, impresa por Editorial Andrés Bello y con un prólogo constituido por el hermoso artículo con que *Alone* celebró la primera aparición.

En ciencias y tecnología se habla del "cansancio de los metales": el daño causado por el paso del tiempo y el esfuerzo. También podría decirse que algunos libros "se cansan", se desgastan con el transcurso de los años, envejecen y llegan a morir con ese tipo de muerte que es el olvido. Treinta y dos años es tiempo de sobra para que ocurran el cansancio, la decadencia y la desaparición. En otras palabras, es una fuerte prueba. Y aquí estamos, ante *La vida simplemente*, leyéndola palabra por palabra y experimen-

tando el don de su vitalidad, de su permanencia. Oscar Castro era, ante todo, un poeta, y la poesía fue su tarea principal. Tal vez por eso sus dos principales novelas permanecieron en el silencio; tal vez, ante el juicio del poeta, eran secundarias comparadas con su obra lírica; tal vez dudara de su oficio de narrador, a pesar del éxito notable que alcanzaron sus cuentos. Tal vez.

Y aquí estamos, ante la historia dolorosa, pero nunca lacrimosa, de un niño casi mendicante sumergido en la atmósfera nocturna y miserable de un prostíbulo. Una historia que alguien con menos talento de narrador habría convertido en un mar de lágrimas o en un mar de amarguras. O en



Por Hernán  
Poblete Varas,  
de la Academia  
Chilena de  
la Lengua

un edificante ataque de pseudorromanticismo. Pero no ocurre así. Oscar Castro era un eminente narrador, aunque por su prosa fluya también la poesía, como fluyen la inocencia y la pureza en esta vida, simplemente, de un niño desposeído.

Oscar Castro escribe con sangre, en la entraña viva, en la verdad que destella y se ennoblece en medio de la jungla de borrachos, asesinos, juerguistas pendencieros y mujeres sin destino.

No es por casualidad ni por descuido que decimos inocencia, pureza, nobleza. Son los signos de la impresión más honda que queda después de la lectura de este libro. Una superior espiritualidad supera y vence las mismas, la miseria de todo orden, se empina sobre las crueldades y las amarguras cotidianas. Y, por esto, el esperanzado desenlace con las "últimas lágrimas de niño" no es un arbitrio del narrador, sino una consecuencia, una probabilidad cierta. ¡Qué difícil era escribir un libro tan noble con tan oscuros materiales! Uno recuerda inevitablemente a Charles-Louis Philippe de "La madre y el niño" y de "Bubú de Montparnasse". Hay, sin duda, un parentesco espiritual entre estos autores que extraen belleza del dolor y dulzura viril de tanta sombra.